

# Entre literatura e historia: notas sobre la cultura de los pazos

Pegerto Saavedra\*  
Universidad de Santiago

## 1. Introducción.

La arquitectura de traza barroca, con algunas muestras neoclásicas, que se conserva en Galicia constituye quizá el indicador más resolutivo para identificar a los grupos sociales dominantes en los siglos XVII y XVIII y primer tercio del XIX. Las grandes fábricas monásticas, los miles de iglesias sembradas a lo largo del territorio y los pazos acreditan en el paisaje la hegemonía del estamento eclesiástico y de la hidalguía o nobleza local. Diríamos, simplificando, que en el mundo rural, aparte de los monjes benitos y bernardos que vivían sometidos a sus respectivas reglas, solo había dos clases de privilegiados: los curas párrocos y los hidalgos de pazo, no pocas veces emparentados.

Las fuentes documentales, en particular el catastro de Ensenada, acreditan que en el reparto de las diversas cargas que satisfacía el campesinado, esto es foros y arriendos, diezmo, voto de Santiago, primicia y derechos señoriales, el estamento eclesiástico tenía una considerable ventaja sobre la nobleza, pues percibía al menos dos tercios del total, de ahí la opulencia de los monasterios y los elevados ingresos de muchos párrocos, verdaderos notables rurales, en particular en las feligresías de la diócesis de Ourense y Tui. Quizá por esto, y por la mayor abundancia de fuentes, la iglesia ha sido más investigada que la hidalguía, de la que sus orígenes sociales, las vías de constitución y composición de los patrimonios, y las estrategias matrimoniales o mecanismos de reproducción social, pero se sabe menos de lo que podemos llamar vida cotidiana de los pazos, desde las prácticas de sociabilidad a las condiciones materiales de existencia y a

---

\* ORCID: 0000-0002-0827-139

los gustos culturales de los moradores de esas típicas residencias campestres<sup>1</sup>. En cierto modo, la falta de estudios sobre esta temática se ha sustituido por el recurso a la literatura, pues es bien sabido que los pazos fueron tema frecuentado por escritores de desigual talla, desde Emilia Pardo Bazán, Valle-Inclán y Otero Pedrayo a Ricardo Carballo Calero.

## 2. Tópicos literarios sobre el ocaso de la sociedad de los pazos

El recurso a la literatura constituye expediente fácil, y proporciona amenidad a los relatos, pero no es seguro que los personajes que pueblan las novelas de doña Emilia, Valle o el patriarca de Trasalba se ajusten a una realidad compleja y variada, que no puede reducirse a unos cuantos lugares comunes. Además, la literatura trata a menudo de la declinación de estirpes familiares que caminan hacia su desaparición como tipos sociales que vivían de la percepción de rentas agrarias pagadas por los campesinos y, al respecto, la realidad de fines del XIX, liberal y burguesa, no era la de un siglo antes, ni siquiera en un país como Galicia que desde 1830/40 había sufrido un proceso de desindustrialización y por ello de agrarización de su economía.

Podríamos decir que los historiadores se han ocupado con preferencia de los procesos de movilidad social ascendente, algunos verdaderamente espectaculares, que permitieron la consolidación de la hidalguía de pazo en la alta Edad Moderna, sobre todo en el siglo que va de 1550 a 1650. Familias de orígenes sociales diversos, ya sean estirpes documentadas en la Baja Edad Media, o bien escribanos, regidores urbanos, comerciantes, canónigos y rectores parroquiales, fundaron desde la primera mitad del XVI, pero principalmente en la centuria señalada, mayorazgos y vínculos, esto es, *casas* en sentido institucional: un solar conocido con la vivienda blasonada y un patrimonio constituido básicamente por rentas forales, que se transmitía en principio de acuerdo con las leyes de mayorazgo. A todo ello se añadían los componentes inmateriales: la propia historia y memoria familiar o del linaje con la onomástica y la heráldica que lo identificaban, el patronato de parroquias, capellanías y otras obras pías, el banco en la iglesia...<sup>2</sup>. Al respecto hay que recordar que los fundadores de casas aspiraban a singularizar y perpetuar una línea genealógica por vía de primogenitura, pero circunstancias azarosas, y sobre todo la falta de sucesión directa, dieron lugar a

---

<sup>1</sup> Referencias bibliográficas abundantes, y resultados, aunque no completas, en Vitor Migués y Antonio Presedo, "Los privilegiados", en Isidro Dubert, coord., *Historia de la Galicia Moderna*, Universidade de Santiago de Compostela, 2012, pp. 269-295.

<sup>2</sup> Ramón Villares, *Foros, frades e fidalgos*, Vigo, Xerais, 1982, y Vitor Migués, "Entre la casa institucional y la casa residencial: imagen social y justificación simbólica de la hidalguía en Galicia", *Obradoiro de Historia Moderna* 14 (2005), pp. 201-223.

resultados no pocas veces contrarios a esas pretensiones, como fue la agregación de casas y sus derivaciones: el enriquecimiento a veces espectacular y a veces inesperado de determinadas familias, como se han puestos de manifiesto varios estudios. Solo así, mediante la suma de rentas antiguas casas independientes, pudieron construirse pazos como el de Oca, Mariñán, Tor, Ortigueira y muchos otros<sup>3</sup>.

La hidalguía es, en cualquier caso, un grupo heterogéneo, y las propias fábricas de los pazos así lo proclaman: poco tiene que ver la impresionante construcción de Oca con las casas fuertes de la montaña lucense, con portalón, escudo y circundo que las diferencian de las modestas viviendas campesinas, pero sin jardín y a penas construcciones auxiliares que evitasen que el olor del estiércol ascendiese a las estancias de la propia vivienda. Esta diversidad interna dificulta la elaboración de visiones generales, que también han de reparar en los cambios ocurridos a lo largo del tiempo. En todo caso, creo que la imagen literaria de los moradores de los pazos contiene tópicos que casan mal con la realidad histórica, por más que se empleen de modo habitual para suplir la falta de estudios. Es cierto, como afirma Carlos Martínez Barbeito que la abundante literatura pancega surge cuando la hidalguía rentista encara su ocaso, y refleja de algún modo la decadencia y hasta la degradación de las viejas estirpes: “casi todo lo que se ha escrito acerca de los pazos viene a ser como una elegía y hasta un acta de defunción (...). Podría explicarse el hecho porque tal literatura coincide históricamente con sus postrimerías. Deja un regusto nostálgico de algo que fue bello, que fue demasiado fuerte, y que, concluido su ciclo vital, entra solemnemente en la descomposición, en la podredumbre y en la muerte”. Se trata, en definitiva, de una literatura melancólica, que se detiene con morosa delectación en contar el declive institucional de la sociedad de los pazos, “el fin de la raza de sus dueños”, su “ruina, soledad y abandono”<sup>4</sup>.

Quizá ninguna obra refleja mejor esta decadencia que *Los pazos de Ulloa*, de Emilia Pardo Bazán<sup>5</sup>. El protagonista de la obra, don Pedro Moscoso, falso marqués de la Ulloa, representa con su brutalidad y desidia, la degeneración de una estirpe, que tuviera

---

<sup>3</sup> De la acumulación de mayorazos en una familia (al igual que sucede en la alta nobleza) se trata en muchas investigaciones, entre ellas Vitor Migués, *As terras, as pousas e os vinculeiros. A hidalguía galega na época moderna*, Sada (A Coruña), eds. do Castro, 2002, y Anastasio Santos Iglesias Blanco, “La casa de Amarante, siglos XVI-XIX”, Tesis doctoral inédita, Universidade de Santiago de Compostela, 2009 (consultable on line en el repositorio Minerva de la USC).

<sup>4</sup> Carlos Martínez Barbeito, *Torres, pazos y linajes de la provincia de La Coruña*, La Coruña, Diputación Provincial, 1978, pp. 4-5.

<sup>5</sup> Utilizo la edición de las *Obras Completas* de Emilia Pardo Bazán que para la Biblioteca Castro realizaron José Manuel González Herrán y Darío Villanueva, Madrid, Fundación José Antonio Castro, 1999-2005; y de *Los pazos de Ulloa* también la de Ermitas Penas, con estudio preliminar de Darío Villanueva, Barcelona, Crítica, 2000 (la mejor que conozco hasta el presente).

tiempo atrás miembros más refinados que cuidaran con primor el jardín de parterres y el estanque, según la moda importada de Francia, y dispusieran de biblioteca y archivo en una vivienda “de imponentes proporciones”, cuyo estado avisaba ahora de una “ruina vasta y amenazadora” de un edificio que “representaba algo grande en lo pasado”. Recuerda igualmente doña Emilia que en la familia Moscoso hubiera a principio de siglo algún afrancesado volteriano, referencia quizá a su tío bisabuelo don Pedro Bazán de Mendoza, catedrático de Leyes de la Universidad de Santiago, exiliado en París a partir de 1814 y traductor de Voltaire.

En el fondo, y como señaló Darío Villanueva<sup>6</sup>, el auténtico protagonista de *Los pazos de Ulloa* no es tanto el rudo don Pedro Moscoso como el padre Julián, el ingenuo capellán criado en Santiago y convertido en protector de la delicada Nucha, que infelizmente para ella se casa con su pariente, el señor de Ulloa. En efecto, la vida del pazo está descrita a partir de la visión del sacerdote que primero no comprende lo que ocurre a su alrededor y después se escandaliza del amancebamiento de don Pedro y de la indiferencia de unos curas de aldea que acompañan al hidalgo en las jornadas de caza y en las francachelas y se dedican a labores caciquiles cuando llegan las elecciones. De hecho, cuando en *La Madre Naturaleza* doña Emilia cuenta el desenlace de la trama que desarrollara en *Los pazos de Ulloa*, el sacerdote don Julián es el único que queda a salvo de la ruina moral en la que acaban los distintos personajes, desde don Pedro Moscoso hasta sus hijos María y Perucho, a pique de mantener relaciones incestuosas al desconocer que eran medios hermanos. En este ambiente libidinoso y envilecido, propiciado por el silencio cómplice de curas rurales serviles e inclinados a la gula, don Julián, superada su inicial ingenuidad y rehabilitado por el ordinario eclesiástico al nombrarle precisamente rector de la feligresía de la Ulloa, resplandece como un sacerdote piadoso, austero, desprendido y entregado por completo al cuidado espiritual de su rebaño, en definitiva el modelo de “buen cura”, que la literatura ilustrada y posterior idealizara (reparemos aquí que la autora olvida que don Julián no podría llegar a regir la parroquia de la Ulloa sin ser presentado por don Pedro Mosco, que no le profesaba simpatía. . .).

Como es sabido, para escribir sus novelas *Los pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza* Emilia Pardo Bazán se inspiró en el conocimiento que tenía de la vida en los pazos en los que temporalmente habitara, y sobre todo en el de Banga, sito en el actual municipio de O Carballiño, que pertenecía a la familia de su marido. No cabe descartar que con la negra pintura del ambiente pacego haya querido vengarse precisamente de don José Quiroga y su stirpe, pues es bien sabido que las relaciones entre marido y mujer se

---

<sup>6</sup> Darío Villanueva, “Estudio preliminar” a *Los pazos de Ulloa*, ed. de Ermitas Penas, *op. cit.*

deterioraron pronto, antes de lo que se pensaba, por cuestiones hereditarias<sup>7</sup>. Pero a fin de cuentas, el contexto familiar y cultural en el que creció la escritora nada tiene que ver con el que retrata en sus novelas. Los Pardo eran antigua estirpe originaria de los confines de la provincia de Betanzos y Mondoñedo; los Bazán, la rama culta, procedían de la villa de Cambados. El abuelo de doña Emilia, don Miguel Pardo Bazán, fue militar y político, y casó con una hidalga, doña Joaquina Mosquera, que murió a manos de su segundo marido en 1839, en un crimen que recuerda a los que hoy tanto abundan (primero la degolló y luego se suicidó). En contra de lo que afirma Isabel Burdiel en su reciente obra, en general muy valiosa aunque poco informada en lo referido a la sociedad gallega de la época, las rentas agrarias de los Pardo Bazán eran modestas y desde luego constituye una exageración calificar de matrimonio “aristocrático” el de la biografiada y José Quiroga; la escritora vivió con desahogo, pero las relaciones políticas y sociales de su progenitor y la formación que le proporcionó constituyeron para ella un capital quizá más importante que las rentas<sup>8</sup>. El padre, don José Pardo Bazán, abogado, agrónomo y político destacado, era hombre abierto, pues según confiesa su hija única sostenía que no podía haber una moral diferente para hombres y para mujeres, y le permitió leer desde niña casi todo lo que caía en sus manos, en la biblioteca familiar y en otras de A Coruña o de pazos de las Rías Baixas, como recuerda en los apuntes biográficos que preceden a *Los pazos de Ulboa*.

“A la edad de catorce años se me había permitido leer de todo, historia, poesía, ciencias, novelas de Cervantes y letrillas de Quevedo, solo estaban puestos en entredicho las obras de Dumas, Foe, Jorge Sand, Víctor Hugo y demás conifeos del romanticismo francés. Siempre que se nombraban delante de mí era dando a entender que no había lectura más funesta para una señorita”.

Felizmente, no solo contamos con las indicaciones biográficas de la novelista, sino con documentación familiar variada conservada actualmente en la Real Academia Galega, institución que custodia su memoria y legado, pues la sede de la institución fue la casa familiar de los Pardo Bazán. Las fuentes manuscritas no solo informan de la “granja” de Meirás, pequeño pazo que desapareció a raíz de la construcción de las

---

<sup>7</sup> Xosé Ramón Barreiro *et alii* (Grupo de Investigación la Tribuna), “Aportaciones a la biografía de Emilia Pardo Bazán. La crisis matrimonial (1875-1884)”, *La Tribuna* 6 (2008), pp. 71-128. Casi una década antes de que con sus publicaciones escandalizara a ciertos eclesiásticos y a su beato marido, habían comenzado las desavenencias por causas más prosaicas.

<sup>8</sup> Isabel Burdiel, *Emilia Pardo Bazán*, Madrid, Taurus, 2019, pp. 33-67 y 184-188; sobre el asesinato de doña Joaquina Mosquera, Xosé Ramón Barreiro *et alii* (Grupo de Investigación la Tribuna), “La trágica muerte de Joaquina Mosquera Ribera, abuela de doña Emilia. Un secreto familiar desvelado”, *La Tribuna* 8 (2010-2011), pp. 15-56.

actuales “torres” (década de 1890), y de su huerta y jardín, sino también del mobiliario de la vivienda -renovado por don José Pardo Bazán- y de algunos libros que circulaban entre A Coruña y Meirás, cuyo contenido era variado y actualizado, bastante diferente al de las bibliotecas “barrocas” del XVIII: aparte de los clásicos grecolatinos y de la literatura del Siglo de Oro, en un inventario incompleto de 1844 figuran las obras de los ilustrados y textos, sobre todo de Historia, de autores franceses e ingleses (Fénelon, Buffon, Molière, Holbach, Pigault, Lebrun, Guizot, Thierry, Hume, Scott, Richardson), y diversas publicaciones periódicas<sup>9</sup>.

### 3. Matizaciones a partir de las fuentes directas.

Pues bien, esta doña Emilia, culta y conocedora de la buena sociedad (la coruñesa desfilaba por su casa familiar), es la que recrea la vida ruda y brutal de los pazos, bien retratándola bien inventándola, o con algo de todo. Yo creo más bien inventándola, pues aunque escriba, como quedó indicado, en la época de decadencia de las estirpes hidalgas, desde la década de 1830 la participación en la política se había convertido para muchos rentistas en una vía de “civilización”. Basta repasar la biografía de los parlamentarios y senadores gallegos del XIX para advertir que los dueños de pazos ejercieron de modo habitual la representación de numerosos distritos electorales. Los hidalgos carlistas fueron escasos, a pesar de la simpatía que les profesaba don Ramón del Valle Inclán: un sano pragmatismo parece haberse impuesto a las querencias ideológicas en la mayoría de los jefes de las viejas estirpes, según ya advirtiera Ramón Otero Pedrayo<sup>10</sup>.

Un buen ejemplo de la adaptación de la hidalguía al régimen liberal y a la vida madrileña lo constituyen Ildefonso Flórez de Páramo y su hijo Ildefonso Segundo Flórez de Losada y Quiroga, dueños del pazo de O Castro, en Valdeorras, cuyo mayorazgo fundara a mediados del XVII el canónigo episcopal de Toledo don Pedro

---

<sup>9</sup> Archivo Real Academia Galega (A Coruña), 475, con amplia información en las diversas carpetas. Consultamos una parte para el trabajo “A cultura pacega. Algunhas mostrás”, en *Fidelidade á Terra. Estudos dedicados ó profesor Xosé Luís Barreiro Barreiro*, ed. de Javier Barcia González, Universidade de Santiago de Compostela, 2011, pp. 286-299, en donde se trata las rentas, muebles, libros, etc. El catálogo de la biblioteca de la Pardo Bazán, depositada en la casa-museo, contiene unos 6.000 títulos, correspondientes a obras que, por la fecha de edición, debió de comprar ella. Pero el fondo antiguo continúa en las torres de Meirás, en poder de la familia Franco.

<sup>10</sup> Xosé Ramón Barreiro, dir., *Parlamentarios de Galicia: biografía de deputados e senadores*, Santiago de Compostela, Parlamento de Galicia/Real Academia Galega, 2001.

de Losada y Quiroga<sup>11</sup>. El primero, que fallecería en 1850, sigue en sus apuntes biográficos los acontecimientos políticos posteriores a 1834, da cuenta de la educación de sus hijos y de su nombramiento de senador en 1842 por la provincia de Lugo:

“Fui a Madrid (...), en donde compré el magnífico piano que hay en casa, el reloj y fanales, aquel de sobremesa y con las figuras de metal, de Rafael y Fornerina, las tres cadenas de oro de las hijas, cinco pares de pendientes, unos de diamantes tablas, otros de esmeraldas y tres de oro para las niñas (...); hice el indio de plata que sostiene la bola de cristal...”

Dos años después encargó “dos retratos al óleo de mi esposa y mío”, y más adelante compró “papel pintado y continuo para las habitaciones de la casa y los dos cuartos del tocador...”<sup>12</sup>.

Ildefonso Flórez de Páramo mostró gran preocupación por la educación de sus hijos, pero de siete que tuvo solo sobrevivieron tres. El mayor, don Juan Flórez y Quiroga, falleció en agosto de 1843, con 19 años, cuando cursara tercero de leyes y mostraba notables capacidades para el dibujo y la música: “tocaba muy bien la flauta y la guitarra y tenía ya principios de piano; conocía bastante bien las notas de música y traducía el francés”. El que le sucedió en el pazo —y en la política—, Ildefonso Segundo, recordará con emoción a su padre:

“Galante y cumplido caballero, mi buen padre jamás consintió que mi amada madre se ocupase en nada que tocara a la materialidad de nuestra casa (...). Las ocupaciones de mi madre querida fueron durante la vida de mi padre criar y educar sus siete hijos, alguna labor de mano y especialmente sus cotidianas devociones, pues como se había educado en un convento [San Paio de Santiago], mantenía sus rezos como /sí/ en él estuviera...”

Cuando se acercaba a los 70 años, en 1898, escribe de nuevo sobre su progenitor, diputado en cuatro ocasiones por el partido moderado:

“Reunía mi buen padre raras perfecciones físicas y morales. Era tan notable su figura que aun en Madrid llamaba la atención. A su gallardía y gentileza acompañaba su elegancia en el vestir. Sin tener gran instrucción, su talento natural y una bondad (...), le

<sup>11</sup> Isidro García Tato, *La casa de Ontarelo de Valdeorras. Formación y desarrollo de su patrimonio (siglos XIV-XX)*, Santiago de Compostela, Gráficas Loureiro, 2001. Con antelación las había utilizado Luis Domínguez Castro, en su trabajo “A fidalguía na sociedade do século XIX”, en *Galicia fai dous mil anos. O feito diferencial galego. I. Historia*, Santiago de Compostela, Museo do Pobo Galego, 1997, vol. 2, pp. 157-177.

<sup>12</sup> En Isidro García Tato, *La casa*, pp. 128-130.

hicieron un lugar que no llegaron a conseguir otros hombres de mucha más instrucción (...).”

Pero a su juicio, era una excepción entre los dueños de pazos de la comarca:

“Todos los propietarios ricos, los dueños de las grandes casas del valle en aquella época ninguno tenía carrera, ni siquiera la educación necesaria para vivir en sociedad. Fueron todavía una reminiscencia de las costumbres feudales, que afortunadamente no salía de los límites de la cocina de su casa (...). Si tengo tiempo, y la salud me ayuda, describiré alguno de estos tipos, verdaderamente notables por su barbarie...”.

Infelizmente no consta que haya realizado retratos de sus vecinos asilvestrados, aunque la opinión de un hijo sobre su padre rara vez es objetiva<sup>13</sup>.

Ni el hijo ni el padre (casado en Madrid con la heredera de otra importante casa gallega) desatendieron el pazo valdeorrés, y las referencias a compras de tierras y rentas y a reparos y mejoras en las viñas y bodegas son constantes en la documentación. Ildfonso Segundo compró una mesa de billar y reformó la librería, aunque no refiere su contenido: solo que su madre “sabía mis gustos por los libros”. Conservó igualmente los criados que estaban en casa desde tiempo atrás: el señor don Pedro, que por avatares de las guerras napoleónicas fue durante seis meses lacayo de la emperatriz Josefina, y “cuando Napoleón llegó a Astorga desertó del ejército francés, llegó a esta casa, recogió a mis ancianos abuelos y tíos al monte para evitar los atropellasen los invasores. Sirvió de mayordomo en esta casa hasta los 95 años”. La señora Pepa, ama de leche de su padre, que murió con más de 80 años;

“el señor Santos, que vivió más de treinta años ciego, prestando muy buenos servicios en la cocina, asando cabritos (...), picando verdura y nabos para los cerdos (...). Guiaba el rosario y enseñaba la doctrina cristiana a criados y vecinos, cantaba en la misa y hacía otras varias cosas sin embargo de no tener vista; murió de 79 años. Hoy ocupa su puesto en el hogar de esta casa su nieto Ubaldo, ciego también...”;

el pastor del ganado; el hortelano, recogido en el pazo al morir su familia y “la señora Juana, molinera, que recogí del molino después de quedar viuda. Murió su marido de 111 años, la edad más avanzada que conozco en este país”<sup>14</sup>. Sorprende la estabilidad y longevidad de los criados del pazo familiar, cuando sabemos por los libros de salarios de monasterios y familias que era habitual la intensa rotación, sobre todo entre los varones.

---

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 148-155.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 163.



La participación en la política liberal fue instrumento de civilidad de la hidalguía, pero no cabe duda, de que ya en la etapa final del Antiguo Régimen algunos pazos alcanzaran un notable refinamiento, posibilitado por la cantidad de rentas que cobraban sus moradores, que además por razones profesionales y familiares solían ser personas viajadas. Basta reparar en los jardines de Oca, Mariñán, Ortigueira o Montecelo, diseñados a fines del XVIII, para convencerse de que sus promotores no carecían de gusto. Los condes de Amarante, con unas rentas siete veces superiores a las del padre de Emilia Pardo Bazán, construyeron desde 1770, en el circundo del pazo de Oca, un hermoso jardín de parterres, esto es, un espacio de recreo, prestigio y sensibilidad, que exigía la contrata de un jardinero estable y a mayores la paga de 3.000-4.000 jornales por año, necesarios también para el cultivo de una gran variedad de plantas hortofrutícolas. Las cosas cambiaron mucho respecto a 1740, cuando el conde veía el contorno del pazo como espacio destinado básicamente a la producción de unos pocos alimentos<sup>15</sup>.

Conocemos inventarios de Oca de 1752, 1765 y 1800, que revelan que el complejo pacego nada tenía que ver con la “gran huronera” que habitaba don Pedro Moscoso. En el último, efectuado después de la realización de importantes obras de las que hay cuentas semanales en el archivo, se mencionan dos docenas de estancias (archivo, salón, antesala, estrado, comedor, “pieza de los trucos”...), aunque ninguna específica destinada a biblioteca, pues los libros aparecen repartidos en diversas estancias. En ellas se situaban abundantes muebles, como los canapés fabricados por el carpintero francés Juan Cadet, así como numerosos cuadros, algunos de familiares y de los reyes Carlos IV y mujer, pero en general de temática religiosa. En este aspecto, el interior del pazo parece un espacio sacralizado, propio de un ambiente contrarreformista: al menos 73 cuadros y estampas devocionales se reparten por las diversas estancias, a las que se añaden figuras diversas de bronce, relicarios y otros materiales. Y el contenido de la biblioteca va en la misma dirección, pues 170 de sus 300 títulos son de contenido religioso, destacando los sesenta ejemplares vidas de santos y “venerables” (entonces también materia de entretenimiento), y aún habrían de añadirse textos efímeros, como las numerosas novenas repartidas por los cajones<sup>16</sup>.

No es preciso recordar los problemas que plantean las bibliotecas familiares, formadas por “estratos” correspondientes a diversas generaciones. En el caso de la hidalguía, además, al disponer de varias residencias los libros pueden estar repartidos entre varias de ellas o concentrados incluso en la que no parece la principal. Los señores

---

<sup>15</sup> Pegerto Saavedra, “La vida en los pazos gallegos: entre la civilidad y la rudeza”, *Chronica Nova* 35 (2009), pp. 186-189. Sobre los jardines en general, Jesús Ángel Sánchez García, *El jardín de los pazos. Ensayo histórico*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, y sobre el pazo de Mariñán en particular, este autor ha publicado un hermoso libro: *Mariñán. Pazo de los sentidos*, A Coruña, Diputación Provincial, 1999.

<sup>16</sup> Archivo Ducal de Medinaceli (Sevilla), sec. Camarasa, leg. 1 (núm. 19) correspondiente a Oca.

de Amarante en concreto tenían libros al menos en Santiago y en Oca y el conde don Andrés Gayoso acreditó su aprecio por la librería en su testamento de 1731:

“quiero y es mi voluntad que todos los libros y ystorias que tengo, así en esta casa en que vivo como en la Oca, queden agregados e yncorporados para siempre a ellas, para uso y dibersión de mis sucesores y su familia, por el mucho provecho que de ellos, y otros que les encargo aumenten, podrán sacar, leyéndolos con frecuencia”<sup>17</sup>.

Los herederos tal vez conservaron estos libros, parte de los cuales constituían en 1800 el fondo de Oca, pero no todos mostraron interés en realizar nuevas incorporaciones, y en 1765, a la muerte de don Francisco Gayoso de los Cobos, se almonedaron las obras que poseía en su residencia de Compostela, salvo las pertenecientes a su esposa, doña Cayetana de Eril Rosel, condesa de Eril y dama que había sido de la corte de Viena, y por lo mismo mujer de cierta cultura: la librería de la condesa se compone de 365 volúmenes, aunque los títulos no pasan del centenar y evidencian su gusto por los textos de temática histórica, incluyendo biografías y memorias, y por los libros de viajes, aunque figuren también en sus estantes clásicos de la literatura (*La Ilíada*, *La Odisea*), las obras de Molière y de Racine, las fábulas de Esopo, así como varios diccionarios<sup>18</sup>.

Los inventarios de pazos situados en comarcas retiradas y cuyos dueños no tenían las rentas de los condes de Amarante resultan también de interés para completar y matizar diversos aspectos de la vida cotidiana de la hidalguía. En el de Viloría, en tierra de Valdeorras, perteneciente a don José Nicolás de Quiroga y Nava, no había en 1776 al parecer un solo libro, pese a que la residencia no tenía nada de rústica: disponía de construcciones auxiliares para el ganado, capilla, planta baja con despensa, panera y enorme bodega, y planta alta con veinte dependencias entre cuartos y habitaciones, antesala, “salón grande”, salón “de la chimenea”, pieza del archivo, con canapés, sillas, cuadros y láminas (no se especifica el tema), varios espejos “de nueva moda, con sus marcos dorados”, y abundantes objetos de plata para servicio de mesa, que en total pesaban 62,5 kg. Los libros de don José Nicolás Quiroga se hallaban, sin embargo, en una residencia más modesta conocida como “granja de Calabagueiros”, amueblada con sillas “de moda inglesa”, “cuarto de gabinete” y “cuarto o pieza que llaman de la librería”, con unos estantes con 90 títulos, entre los que figuran algunos de la literatura del Siglo de Oro (de Cervantes, Quevedo, Calderón, fray Luis de Granada, Guevara),

<sup>17</sup> Anastasio Santos Iglesias Blanco, “La casa de Amarante” cit., pp. 530-531.

<sup>18</sup> Anastasio Santos. Iglesias Blanco, “La casa de Amarante”, cit., tabla F-6, en pp. 739-741. La condesa de Eril posee las cartas (7 tomos) y las memorias (5) de Madame de Maintenon; las de Ana de Austria (6 tomos) ... No se especifican los autores de diversas historias de países y reyes.

los textos de historia de Mariana y del elegante Solís, el *Teatro* y las *Cartas* de Feijoo, el inevitable *Telémaco* y los 16 tomos del *Espectáculo de la naturaleza*, figura también *El ocaso de las formas aristotélicas*, de Zapata y varios textos médico-quirúrgicos. Y aunque no faltan los libros de religión y de moral (caso del exitoso *Promptuario* del padre Lárraga), la biblioteca de este hidalgo valdeorrés se caracteriza por una apreciable diversificación temática, y en ella los libros de religiosidad “barroca” tienen menos peso que en el pazo de Oca<sup>19</sup>.

A pesar de estar situado lejos de centros urbanos, la civilización o el “*douceur des lumières*” llegara a fines del siglo XVIII al pazo de Viloria y a la granja de Calabagueiros, y también al pazo de Noceda, escondido en las estribaciones de la montaña lucense y perteneciente a los Ulloa Ribadeneira. La información que poseemos de esta casa –y de otras, como la de Lán cara– apunta a que es preciso tener en cuenta el papel de los eclesiásticos, y en especial de los canónigos, en la conformación de la cultura paguega: En efecto, en Noceda nació en 1700 el maestrescuela de la catedral de Compostela don Diego Juan de Ulloa, visitador y rector de la Universidad de Santiago a mediados del XVIII y gran promotor del barroco compostelano a partir de la financiación de la construcción de las casas del Deán (1747-52) y del cabildo (1755-59). En su testamento ológrafo de 1762 dejó al cabildo su notable biblioteca, parte de cuyos fondos adquiriera en Roma en 1728-32. Esperaba que sirviera de base para una librería capitular, que la institución, pese a sus enormes ingresos o quizá por ello, no tenía:

“y todo el resto de mi librería, en que ay juegos de libros mui escogidos, así en quadernos en pasta como sin ella, y traídos los más de Roma (...), quiero que sirvan de prinzipio a una librería en la Santa Yglesia Cathedral para que otros los aumenten y mejoren, haciendo el cavildo pieza o piezas correspondientes para ella...”<sup>20</sup>.

Pero don Diego Juan de Ulloa no se olvida de la casa de su estirpe, y aparte de fundaciones pías y arreglos en la iglesia parroquial y capilla del pazo, le deja a su sobrino, sucesor en el mayorazgo, 12.000 reales, y además

“se le dará la pintura y quadro de Eliseo, que es de superior estimación, las doze láminas con marcos dorados de la vida de Nuestra Señora que truxe de Roma, con otras dos de San Josef y San Gerónimo, y otra del martirio del Santo Apóstol Santiago que está en

<sup>19</sup> Archivo Histórico Provincial de Ourense, Protocolos Notariales, G. 542, ff. 142 y ss.

<sup>20</sup> Miguel Taín Guzmán, “La biblioteca del canónigo maestrescuela Diego Juan de Ulloa, impulsor del Barroco compostelano”, *Sémata* 10 (1998), pp. 321-357 y Antonio Presedo Garazo, “El canónigo maestrescuela don Diego Juan de Ulloa y su relación con la casa de Noceda”, *Anuarium Sancti Iacobi* 4 (2015), pp. 163-210. No se conserva el inventario de la biblioteca de don Diego Juan de Ulloa, pero en la del cabildo de Santiago figuran 157 ejemplares con su *ex libris*.

mi gavinete, y los seis agnus Dei ochavados y con bronce dorados, para que estas alajas estén siempre en la sala grande de la Casa de Nozeda, y no las puedan bender, empeñar ni enajenar ni él ni otro subcesor de dicha Casa, ni aun sacarlas de allí, pues con esta condición las dejo y no de otro modo. Y asimismo, vajo la misma condición le dejo la mesa redonda de palo de Yndias que vino de Canarias, y las dos mesita de nogal que se doblan”,

y diez láminas más, cuatro enmarcadas en ébano, “para que todas estén en la dicha Casa de Nozeda”<sup>21</sup>.

Antes de los legados de don Diego Juan de Ulloa aumentasen el lujo de la casa fuerte o pazo de Noceda, este había notado ya importantes transformaciones: a la altura de 1623 la residencia y su circundo presentaban el aspecto de una sólida granja de labor, con cuatro bueyes, 110 cabras y ovejas y 14 cerdos. No era desde luego una casa campesina, pues el inventario registra 217 objetos distintos, correspondiendo a los aperos de labor 38, y además están las rentas, unos 285 hectólitros de cereal, que subieran a más de 900 en 1777. En 1724, un nuevo inventario registra diez estancias, entre ellas la sala principal y el cuarto de la chimenea, a las que hay que añadir la cocina y tres bodegas, y los objetos mencionados ascienden a 639, de los cuales los aperos son solo 36, frente a 69 de decoración y 56 de confort. Los libros se reducen a 22 títulos, pero a la sazón los Ulloa tenían residencia urbana en Villafranca del Bierzo, que frecuentarían cada vez más, y puede que en ella dispusiesen de librería.

Sobre el tema de la cultura de los pazos queda mucho por saber, en especial en lo referido a la circulación de información de novedades de todo tipo, desde los muebles, ropas y elementos decorativos a los libros y en general a las modas. Ya quedó indicado que los señores de los pazos estaban en su mayor parte avecindados en ciudades y villas y muchos ocuparon cargos en la administración de la monarquía, circunstancia que les permitió conocer mundos diferentes al de Galicia, comenzando por la propia corte. Pero estoy convencido que canónigos y curas desempeñaron un papel esencial en este ámbito, y gracias a los primeros objetos propios de los gustos romanos llegaron en ocasiones a lugares recónditos.

---

<sup>21</sup> En Antonio Presedo Garazo, “El canónigo...”, p. 206.